

Premio Icaria Relato Breve 2025

Pseudónimo: CAJAL

Título: El eslabón

Sevilla. Mayo de 2000.

Laura Montero-Cuadrado sale a paso rápido de su casa, en el barrio de los Remedios, junto al gran Parque de los Príncipes; el mismo donde cada mañana sale a correr durante una hora. A sus 23 años, ha decidido vestirse en modo periodista clásica porque el director del periódico le ha ordenado que vaya a una Tenida Blanca de masones en un hotel al lado del Puente del Patrocinio, y no sabe a lo que se enfrenta. Está cerca. En 15 minutos estará allí. Las luminosas tardes de primavera invitan siempre a caminar. La luz y el aroma del jazmín te llevan sin esfuerzo donde quieras llegar.

—A ver si sacas una página doble para el domingo y fotos para la nueva web que acabamos de estrenar, que seguro que tú puedes —le había dicho con el sobre de la invitación de la llamada “Logia Guadalquivir”.

Hasta hace unas horas no tenía ni idea de qué va eso de los masones; pero, aunque sólo hace poco más de dos años que acabó Periodismo y algunos meses de trabajo en El Heraldillo, el gran periódico de la ciudad, sabe que, aquí, en la vieja Híspalis, más que en ningún sitio, las apariencias importan y decidió no correr riesgos con la vestimenta. Todo muy clásico.

Remonta la Avenida de la República Argentina camino del río. Quien la vea caminar tan airosa tendrá delante a una esbelta joven, delgada, de pelo largo y negro recogido en coleta, con unos auriculares blancos de gran tamaño que la aíslan de todo, escuchando música en su *walkman*. Mandan las canciones de U2, especialmente el nuevo “All That You Can't Leave Behind” (Todo lo que no puedes dejar atrás). Vestida totalmente de azul oscuro, parece feliz mientras mira sus notas. Afortunadamente, ha tenido tiempo de consultar en casa un par de enciclopedias de sus padres. En la Británica se lee:

Una “tenida blanca masónica” es un término utilizado en la Masonería para referirse a una reunión o ceremonia en la que se permite la presencia de personas no iniciadas en la orden, es decir, no masones. Estas reuniones suelen tener un carácter social, cultural o benéfico, y suelen ser más abiertas que las reuniones regulares de la logia, que son exclusivas para miembros iniciados. Durante una Tenida Blanca, se pueden realizar actividades como conferencias, charlas, presentaciones o eventos sociales, y a menudo se invita a familiares, amigos o personas interesadas en conocer más sobre la Masonería. A diferencia de las tenidas regulares, en las que se realizan rituales y trabajos simbólicos propios de la orden, en una Tenida Blanca no se llevan a cabo estos rituales, ya que están reservados para los miembros iniciados.

Laura, entre semáforo y semáforo, a tope con U2, piensa que no parece precisamente un tema apasionante, que tiene una pinta de comerse una conferencia

de una hora a pelo. Una vez más, el típico trabajo para la última en llegar a la redacción. Sigue leyendo sus notas.

La Masonería es una organización fraternal y filosófica de carácter iniciático, cuyos orígenes se remontan a los gremios de constructores medievales, aunque en su forma moderna surgió en el siglo XVIII. Se basa en principios como la fraternidad, la igualdad, la libertad y el progreso moral e intelectual de sus miembros. Utiliza símbolos y rituales inspirados en la arquitectura y la construcción, y sus miembros se organizan en logias, que funcionan como espacios de reunión donde se fomenta el autoconocimiento, el debate de ideas y el desarrollo personal a través de la reflexión filosófica y el estudio simbólico. Aunque es una organización no religiosa, promueve valores éticos y espirituales, y exige a sus miembros creer en un "Gran Arquitecto del Universo", un concepto que puede interpretarse de manera personal según las creencias de cada uno. Es conocida por su discreción y su estructura jerárquica, que incluye grados de iniciación como Aprendiz, Compañero y Maestro Masón. Ha tenido influencia en la historia, especialmente en movimientos ilustrados, revolucionarios y de independencia, aunque también ha sido objeto de controversia y persecución en algunos contextos.

En el archivo del periódico sólo había encontrado una referencia sobre la Logia Guadalquivir. No mucho. Era una entrevista de hacía 10 años a un señor maduro; un tal Germán Asturias, que anuncia el que llama “Levantamiento de Columnas” o inauguración de la Logia. Explica que admiten a hombres y mujeres —Laura anota mentalmente el dato para no olvidarlo; pueden entrar mujeres también— y que sus miembros pertenecen a una variada tipología de profesiones y edades. Poco más que la periodista no supiera ya. Satisfecha de sus indagaciones, sigue caminando por la calle Betis, muy animada a esas horas, con turistas haciéndose fotos mirando al río.

Poco podía imaginar en ese momento que traspasar aquella puerta del hotel le cambiaría la vida.

En Sevilla no faltan hoteles, muy al contrario. El Venerable Maestro (presidente) de la Logia Guadalquivir, Joaquín Vera, abogado de 45 años con más de 15 de experiencia como maestro masón, eligió uno de muy reciente apertura, en Triana, con vistas al río, a un paso del centro y sin problemas para aparcar. Allí iban a celebrar, al caer la tarde, su Tenida Blanca Anual, en la que se mostrarían como masones ante cualquier persona que quisiera escucharles. En la práctica, era una conferencia sobre los valores de la Masonería aderezada con un pequeño ritual; el mismo instituido para todas las logias de España. El objetivo, reducir el secretismo y visión casi sectaria que ciertos grupos sociales seguían manteniendo y que impide su pleno reconocimiento social, después del grave daño causado por el franquismo durante más de 40 años. El lastre sigue vigente y hay que luchar contra él.

Vera se pierde en sus pensamientos a la espera de que llegue el momento de comenzar. En la Sevilla del 2000 no hay más de 50 masones y masonas, pero lo cierto es que la demanda de entrada en las logias empieza a crecer muy

lentamente, como si muchos hombres y mujeres buscaran luz más allá de una realidad oscura y poco cálida para encontrar una vida equilibrada. Ojalá que en esta tarde de primavera se despertara en algunas personas la inquietud intelectual que te determina a acercarte al llamado Arte Real.

Había que fijarse bien para localizar a los hermanos de la logia que habían venido a preparar la sala de entre el ejército de turistas orientales que, armados con sus ruidosas maletas, llegaban y luego esperaban pacientemente su habitación. A la izquierda, colocaron un cartel desplegable con el nombre y logotipo de la logia y el título de la conferencia: “La vigencia de la Masonería hoy”, que corría a cargo del propio Joaquín Vera. Su estatura, su porte atlético, su impoluto traje negro y hasta sus incipientes canas llamaban la atención. Al lado del anuncio, un par de hermanos de la Logia señalaban el lugar del salón asignado a las personas que miraban el cartel con mayor atención. Poco a poco la sala se fue completando, hasta cubrir prácticamente las 65 sillas disponibles para los visitantes.

—Objetivo cumplido— dijo para sus adentros Vera mientras terminaba de revisar su presentación.

El salón de actos del hotel destilaba un aire de solemnidad y cierta oscuridad calculada. Luces, las justas. De fondo musical, Mozart. Laura Montero-Cuadrado se sentía un tanto desplazada entre el nutrido grupo de hombres y mujeres que llenaban la sala. Las sillas estaban dispuestas en hileras enfrentadas con un gran hueco en medio, donde estaban situadas tres columnas de mediana altura en forma de triángulo y una alfombra ajedrezada de 3x2 metros cuadrados. Frente a la puerta, la mesa presidencial y, al final de la hilera de sillas, otras dos mesas más a izquierda y derecha.

Cuando todo el mundo estuvo sentado, observó que algunos asistentes se ponían guantes blancos y otros pocos una banda celeste de hombro derecho a cadera izquierda. Evidentemente, eran masones y esa era su forma de distinguirse. No eran más de diez del total de asistentes. Laura aprovechó para identificarse como periodista ante Joaquín Vera y le explicó que haría un reportaje amplio para El Heraldó, tanto en papel como en su web y redes sociales. Pidió permiso para hacer fotos con su nueva cámara digital, propiedad del periódico.

—De acuerdo, haga todo lo que considere oportuno y pregunte en el turno correspondiente del público o hablemos luego, con más tranquilidad, en la copa final. Todos los asistentes han autorizado reportajes gráficos. Aquí no tenemos nada que ocultar.

La periodista, muy satisfecha, da las gracias y hace algunas fotos generales, más que nada para no olvidar la disposición de todo y se coloca al lado de una mujer, sentada en una mesa de la banda izquierda de sillas.

—Soy la Segunda Vigilante, Amparo. Encantada— dice, antes de levantarse y salir de la sala. No era mucho más mayor que ella.

La periodista está ya dispuesta a tomar nota de cuanto oye y ve. El silencio precede al comienzo de la Tenida Blanca. Desde la puerta de entrada, alguien llama

la atención de todos. Es el Maestro de Ceremonias, con su bastón, golpeando suavemente el suelo para hacerse notar y pedir silencio.

—*Señoras y señores, Hermanos y Hermanas, tened la bondad de poner os en pie: van a entrar los Oficiales de esta Respetable Logia. Así os llamo porque no recibiréis otro nombre mientras estéis entre nosotros en este Templo de Fraternidad. Os agradezco vuestra presencia y la simpatía que nos mostráis.*

Un grupo de varias personas avanza y se distribuye en la mesa presidencial, el Venerable Maestro; y en las otras dos mesas finales el Primer Vigilante y la Segunda Vigilante.

Laura fue tomando nota de lo que iban diciendo. Le gustó mucho cuando Amparo tomó la palabra.

—*La Francmasonería nos enseña que no nos debe perturbar ninguna pasión y que debemos juzgar todo con imparcialidad y tolerancia, conforme a la tradición de los iniciados que nos han precedido.*

Luego le encantó el porte y la dicción del Venerable Maestro.

—*Lo que se enseña al Iniciado es el Arte de pensar y descubrir por sí mismo los elementos de su convicción. Este arte es para nosotros el “Arte Real”, como se llamaba en otros tiempos. Nosotros somos los adeptos de este Arte. Débiles en cuanto a nuestros medios, pero fuertes en cuanto a nuestra sinceridad en la búsqueda de lo verdadero, ya que el Masón no recibe la Verdad, que la Masonería no posee, sino que intenta encontrarla.*

Laura se dejó llevar por ese ambiente relajado, esa lectura lenta del ritual, acompañada de la música de Mozart y luego reaccionó y se enfadó consigo misma porque no tomó muchas notas de la conferencia que se dio posteriormente, antes de finalizar el acto. De todas formas, lo tenía prácticamente todo en la cabeza. Se quedó enganchada en las palabras que había escuchado de búsqueda, verdad y ética y decidió sobre la marcha que ese sería el centro de su reportaje. Como le habían dicho sus profesores en la Facultad, un buen periodista decide pronto la estructura y el titular de lo que va a escribir. Debe desarrollar su instinto y hacerle caso siempre.

Todos pasaron a un salón anexo donde siguieron las preguntas y la conversación relajada, cada cual con su bebida en la mano. Entrevistó en profundidad a Joaquín Vera sobre la vigencia de la Masonería, que volvió a insistir en el concepto de pensamiento crítico y los valores éticos, como ejes sobre los que pivota la moral masónica. Aquello terminó por cerrar su idea del reportaje y decidió entonces disfrutar de una cerveza y cambiar impresiones con algunos de los asistentes, en su mayoría personas jóvenes, aunque no tanto como ella. Al cabo de un rato, alguien le tocó el hombro y llamó su atención. Era un anciano de sonrisa amable.

—Disculpe, señorita —le dijo con voz suave— ¿es usted familia de Antonio Montero-Cuadrado?

Superó la sorpresa del momento. Evidentemente no esperaba una pregunta así.

—Sí señor —respondió— aunque no sé si se refiere usted a mi padre, a mi abuelo o a mi bisabuelo, porque los antonios abundan siempre en casa.

—Sin duda me refiero a su bisabuelo. No tiene usted más que verme a mí. Fuimos grandes amigos.

—Ah, bien. Yo no lo conocí. Murió hace años, antes de que yo naciera.

Súbitamente, sintió una emoción muy especial y se dispuso a escuchar atentamente a aquel hombre que le hablaba del extraño personaje que fue el padre del padre, de su padre. Buscó dos sillas, trajo un par de bebidas y exigió amablemente con la mirada que continuase.

—Fue —afirmó con un brillo especial en los ojos el anciano— un hombre íntegro y valiente, luchador y defensor a ultranza de sus ideas. Aprendí mucho a su lado. Era mucho más mayor que yo y la vida fue muy injusta con él. Se merecía mucho más.

No se puede hablar así a una verdadera periodista si no se quiere abrir las puertas del infierno de la interrogación constante en que viven los profesionales de la información; sobre todo si tiene que ver con tu propia familia. Laura se recompuso y entró en modo acción total. Siguió tomando notas.

El hombre se presentó como Germán Asturias, precisamente el que 10 años antes había levantado las columnas de la logia. Ella hizo memoria de lo poco que le habían dicho de su bisabuelo. No mucho, realmente. Que era un excéntrico y se pasaba el día en la biblioteca leyendo libros antiguos, discutiendo en voz alta con todo el que se pusiera a su lado y poniendo a parir a los periódicos voceros del franquismo. Y que no pudo llegar a 1975 para ver la muerte de Franco y el cambio en nuestro país, que tanto deseaba. Poco más pudo recordar y así se lo dijo. El anciano sonrió.

—Antonio era un hombre de profundos y asentados valores, un masón comprometido con la libertad, la igualdad y la fraternidad. Ninguno le llegó a la suela de los zapatos, por mucho que le colgaran el sambenito de traidor. Para nada lo fue.

Laura quedó perpleja. Su familia nunca; nunca, le había mencionado la pertenencia a la Masonería de nadie de su entorno cercano.

—Mi padre y mi abuelo me dijeron únicamente que tuvo que huir por sus ideas políticas, pero nada más, como tantos otros, por cosas de la guerra.

El anciano asintió.

—La dictadura franquista persiguió con ensañamiento a los masones. Antonio tuvo que exiliarse para proteger a su familia y dejar que sus hermanos, muy distintos a él en ideas políticas, conservaran el patrimonio de los Montero-Cuadrado. Había que lavar con el destierro la mancha familiar. En Sevilla se quedó su esposa con sus tres hijos, uno de ellos tu abuelo. No fueron felices, aunque no les faltó de nada, esa es la verdad. Es el pago que tuvieron que hacer para congraciarse con el nuevo régimen, además de que uno de ellos, el hermano mayor de tu abuelo, tuvo que irse “voluntario” a la División Azul. Desgraciadamente no regresó con vida. Y eso no se supera nunca.

Un escalofrío recorrió la espalda de Laura. La historia de su bisabuelo era un misterio que su familia había preferido mantener oculto.

—Me gustaría saber más sobre él —expresó con voz temblorosa.

El anciano le entregó su tarjeta.

—Si quieres, podemos hablar otro día —propuso— tengo mucho que contarte sobre Antonio y sobre la Masonería.

No tardaron mucho en verse. La historia le fue llegando de corrido. Germán Asturias hablaba sin parar y ella no pudo evitar hacer lo que mejor sabía, tomar notas sin respiro. La racionalidad de la periodista intentaba superar a la emoción de la bisnieta, aunque, a veces, no lo conseguía.

Antonio Montero-Cuadrado había sido un masón activo y comprometido, un defensor de los valores republicanos. Durante la guerra civil, tuvo que huir de Sevilla para evitar ser sometido a juicio sumarísimo y ser fusilado por los franquistas. Se exilió en Francia, donde vivió en condiciones precarias, aceptando trabajos de todo tipo, hasta que pudo regresar a España a mediados de los años 60, ya bastante mayor y en un lamentable estado de salud.

—Después de todo el sacrificio familiar, tuvo que abjurar públicamente de la Masonería en un juzgado para que le permitieran regresar y vivir en Sevilla. Lo hizo por su mujer y sus hijos, para que no sufrieran más las consecuencias de su compromiso. Algunos masones, desde la comodidad del exilio en México, le tacharon de traidor, pero no delató a ni uno de ellos. Además, muchos ya habían muerto.

LA PERIODISTA

Laura se sumergió en una profunda investigación, buscando documentos y testimonios que le permitieran reconstruir la vida de su bisabuelo y, de paso, la de su abuelo y su padre. Empezó a rellenar cuadernos de notas. Consultó archivos y bibliotecas, leyó libros sobre la historia de la Masonería en España y en Sevilla. Descubrió y consiguió una copia de la sentencia del Tribunal Militar que lo condenó por su condición de masón, gracias al buen hacer de su director, que vio en aquello un filón para futuros reportajes.

A medida que avanzaba en su investigación, se dio cuenta de que la historia era mucho más compleja de lo que imaginaba. Antonio no solo había sido un masón, sino también un intelectual comprometido con su tiempo, un defensor de la libertad y la justicia. También descubrió que la Masonería en Sevilla había tenido una gran importancia en el pasado, especialmente durante la Segunda República. Muchos intelectuales, políticos y artistas habían pertenecido a ella y contribuido a la modernización de la ciudad. Don Diego Martínez Barrio, ministro, presidente de las Cortes y expresidente de la República en el exilio fue uno de sus grandes amigos, como sevillanos y masones que eran los dos. Laura no tardó en visitar la casa de la calle Lirio 1; una vía estrecha y corta donde vivió siempre don Diego. En la planta

baja estaba su imprenta y una sala de reuniones donde, con bastante frecuencia, celebraban tenidas masónicas.

Llegó la guerra y la cruel venganza de los vencedores. Pero, a pesar de la brutal represión, la Masonería sobrevivió en la clandestinidad y algunos masones continuaron reuniéndose en secreto para mantener vivos sus ideales y valores. Entre ellos su bisabuelo, poco después de regresar.

—Eran supuestas reuniones familiares en el campo —le contó Germán— donde los hombres, como era habitual, se retiraban a hablar de sus cosas. Sobre una mesa, una caja de zapatos. Dentro, un pequeño tablero de ajedrez y tres columnas de diez centímetros. Sólo con eso ya estaban en logia. Afuera, los niños jugaban y las mujeres miraban para todos lados no fuera a venir algún extraño.

Laura, por el momento, no le dijo nada a sus padres. Quería que fuera una sorpresa para ellos cuando les enseñara todas sus investigaciones. En realidad, tenía miedo que el telón del olvido volviera a exigirse en casa, como ocurrió en millones de familias españolas, por mucho que estuviéramos en el año 2000. Lo cierto es que se sintió cada vez más identificada con la historia de su bisabuelo y con los valores de la Masonería, sobre todo con el concepto de pensamiento crítico, tan acorde con su profesión. Comprendió que no era una organización secreta y oscura, como algunos la presentan, sino una comunidad de personas comprometidas con la libertad, la igualdad y la fraternidad. Una extraña fuerza le salió de su corazón y el viejo Germán se dio cuenta.

—Disfruta del momento. No tengas prisa. Cuando llegue la hora y te sientas preparada, te ayudaremos a ser una de nosotros, si es lo que quieres. Sigue leyendo. Sigue investigando. Sólo si estás totalmente convencida deberás dar el paso.

Evidentemente, ocurrió lo que tenía que ocurrir. Laura decidió escribir un gran reportaje para el *Heraldo*, contando la historia de su bisabuelo y su conexión con la Masonería, para revelar así una parte de la triste, dura y, sobre todo, desconocida historia de Sevilla. El director la apoyó en la idea y le reservó cuatro páginas del dominical, todavía sin fecha definitiva. Además, coincidía con una campaña para traer a Sevilla los restos de Martínez Barrio y sus dos esposas. La gestión estaba muy avanzada. El alcalde había estado recientemente en París terminando los trámites y muy pronto habría un acto de reconocimiento a su figura y sus restos descansarían en el cementerio local de San Fernando.

Ahora, ya era irremediable hablar con sus padres, sobre todo con el nieto Antonio, con el hombre hecho a sí mismo que nunca habló demasiado del pasado de su familia. Fue durante la comida, en casa. Los tres se respetaban. Laura estaba tranquila porque siempre recibió apoyo familiar para seguir su carrera y todos sus proyectos personales. Pero esto era distinto.

Su padre cambió de cara varias veces a medida que ella le fue contando sus investigaciones. La sentencia. Su colaboración con la Masonería poco después de volver a España. El llanto por la muerte del hijo perdido en Rusia. El respeto que le

tenían los fundadores de la Logia Guadalquivir. Cada palabra venía con un documento, con una foto, como si fuera un interrogatorio policial, donde las pruebas son abrumadoras.

Para nada ocurrió lo que ella pensaba. Su padre cogió de la mano a su madre y revisó la documentación lentamente. La comida se enfrió. La cerveza se terminó. Su madre miró a ambos. Primero a ella. Luego a él. Se levantó lentamente y provocó el abrazo de los tres. El llanto de su padre, desconocido hasta entonces, conmovió a Laura. Después de dos largos minutos, se separaron.

—Ven conmigo hija.

Su madre la empujó para que siguiera a su padre, que abrió el último cajón de la vieja cómoda de su dormitorio y sacó una ajada carpeta azul, escondida bajo varios documentos de propiedad, facturas y recibos. Sentados ambos en la cama, abrió el tesoro gráfico. Por primera vez pudo ver fotos de su bisabuelo, con algunos de sus nietos, en una celebración, poco después de regresar a España, vestido elegantemente con traje negro, sombrero de fieltro del mismo color y una corbata ajedrezada. Gran detalle el de la corbata, que no le pasó desapercibido. Rebelde siempre don Antonio. Ya se notaba su precario estado de salud, muy delgado, de piernas estrechas, pero de luciente pelo blanco y sonrisa franca. Vio también el documento judicial de su puesta definitiva en libertad y el fin de sus antecedentes, en 1972; así como el certificado de defunción, donde el médico aseguraba que había muerto de una angina de pecho.

—Si quieres que el reportaje te salga bien, tendrás que llevarte estas fotos y estos documentos, pero luego me los devuelves, por favor.

—Gracias papá. Ya me contarás el porqué de tanto silencio sobre la familia.

—Fue por el bien de todos, hija. Había que olvidar el pasado y mirar al futuro. Se sacrificó por la familia y volvió cuando pudo. En Sevilla no se puede enseñar ni un vestigio de un pasado que enseñe algo contra los ganadores de la guerra. La ciudad fue arrasada por los vencedores. No olvides que el general Queipo de Llano, el que ordenó matar a miles de personas, está enterrado en lugar de honor de la Basílica de la Macarena. Hay mucha, mucha hipocresía, a pesar del tiempo pasado; y la única manera de preservarnos todos era olvidar y olvidar.

—¿Y tú qué recuerdas de él?

—Cuando volvió yo estaba estudiando en Madrid, disfrutando de una beca y apenas lo traté. No tardó mucho en morir. Unas navidades me preguntó por mis estudios y por mis proyectos personales y que si tenía novia. Ya sabes, lo que preguntan los abuelos. Si te digo la verdad, la familia lo trató como un mal menor y acabó siendo un excéntrico incomprendido. Tal vez fuera lo mejor para todos. Aunque ahora me arrepiento de no haber estado más cerca de él. Tengo la sensación de que me he perdido mucho y ya es imposible recuperarlo.

El artículo en el dominical del periódico generó cierta controversia en la ciudad, pero también despertó el interés de muchos lectores. Desde un par de emisoras de radio se criticó que se hubiera dado pábulo a lo que consideraban a la Masonería como una peligrosa secta, que había hecho mucho daño a lo largo de la

historia de la humanidad y manejaba todavía los hilos del poder oscuro. Tampoco perdonaron algunos articulistas de periódicos de la competencia, que criticaron la deriva del Herald, que, evidentemente, estaba preparando el terreno y haciendo la pelota al señor alcalde, que iba a favorecer el regreso de los restos mortales de Martínez Barrio en pocas semanas, gracias al trabajo del Grupo de Abogados Jóvenes del Colegio Profesional, que habían movido cielo y tierra para conseguirlo.

Laura estaba un poco confusa, ajena a toda confrontación política entre medios de comunicación, que siempre acababan erosionando a los profesionales. Aún le quedaban años de trabajo para entenderlo. Afortunadamente, a la sección de Cartas al Director llegaron muchos textos elogiosos, por el hecho de que el diario se hubiera atrevido a romper las barreras del reconocimiento de tiempos oscuros. Algunos lectores reconocieron el pasado masónico de sus familiares y animaron a la Redacción a seguir trabajando en este sentido.

Incluso, ella misma recibió correspondencia de personas que le aportaban documentos de familiares desaparecidos y le solicitaban ayuda para localizarlos, pues jamás habían vuelto a tener noticias de ellos; ya fuera porque los falangistas fueron a buscarlos una noche a su casa o porque huyeron de madrugada y nunca más se supo. Poco a poco, Laura fue componiendo una carpeta que prometía futuros reportajes.

Una tarde, el director la llamó a su despacho.

—Chiquilla, vaya lío has armado.

Laura se sentó y esperó algún rapapolvo, aunque la experiencia le decía que cuando el jefe te llama a solas no es para rentabilizar una bronca, que siempre se hace en público para enseñanza de todos; más bien es para comunicarte una decisión tomada, que tienes que acatar. Sí o sí, ya suele estar decidido.

—Tengo una noticia buena y una mala que darte. Empezaré por la mala, que suele ser lo mejor.

Como le pasa a los moribundos, Laura vio pasar su corta vida laboral y su previsible final en El Herald.

—Me ha llamado el presidente del Consejo de Administración de la empresa para decirme que se han terminado los reportajes sobre masones, sobre desaparecidos, sobre hijos muertos y la madre que los parió. Que desde el Arzobispado han montado en cólera, acusándonos poco más o menos de haber dado entrada a Satanás en nuestras páginas. Y, como bien sabes, nuestro periódico abraza los principios del Humanismo Cristiano, lo pone en la cabecera, aunque en letra pequeña. Vamos, que el arzobispo manda más que yo y lo tomas o lo dejas; eso me dijeron el día que me hice cargo de este despacho. Date por enterada y ponte con otras cosas, que ya hemos tenido suficiente con la historia de tu bisabuelo.

—Entonces, ¿la buena noticia es que no me despides?

—No, porque sigo siendo el director hasta el día en que me echen y huelo a una buena periodista a mil kilómetros y hacía tiempo que no entraba en esta Redacción alguien tan buena como tú, que las coge al vuelo. Así que no te voy a dejar escapar.

—Gracias jefe. ¿Cuál es la buena noticia entonces?

—Que mañana tienes una entrevista con el arzobispo. La publicaremos el sábado en primera página. Curiosamente ha sido él mismo el que ha pedido que te mandemos a tí.

Laura no entendía nada. El director, de cierto buen humor, le puso la puntilla.

—Será para darte la absolución personalmente.

Y empezó a reírse señalando la puerta de salida. Ella se tomó aquello como un acto de normalidad, de se acabó el problema y cada mochuelo a su olivo y a seguir trabajando. Los compañeros de la Redacción la miraron sin decir nada, a ver si adivinaban por dónde venían los vientos.

—Tranquilos chicos, que me está esperando el arzobispo para hacerle una entrevista y la tengo que preparar.

Suspiraron de tranquilidad. No era la primera vez que veían una procesión de periodistas llamados al despacho del jefe para recibir la carta de despido.

EL ARZOBISPO

Solo unos pocos privilegiados pueden visitar el Palacio Arzobispal, —la tercera pinacoteca de la ciudad tras el Museo de Bellas Artes y la Catedral— en la plaza Virgen de los Reyes, compartiendo lugar de honor con la Catedral y, sobre todo, esquina con la Giralda. Ese punto, muy popular en Sevilla, se llama “Mata Canónigos”, que es donde solían caer los suicidas que elegían la famosa torre para poner fin a sus vidas, hasta que instalaron unos paneles protectores. Laura llegó con tiempo a la cita y se paró allí recordando uno de sus primeros reportajes en el periódico, donde contó la renovación de ese sistema de seguridad. En los años 40 y 50 eran habituales las muertes, casi una por semana.

En la puerta la estaban esperando. La recibió un muy joven sacerdote, con su alzacuello correspondiente, que se presentó como Lucas Gómez. La saludó cordialmente y la llevó a una sala de espera. Le ofreció un refresco y fue a buscarlo.

—Mientras tanto, fíjese en las dos pinturas que tiene enfrente. No todos los días se puede disfrutar de ver tan cerca dos inmaculadas tan bien conseguidas, obras de Murillo y Pacheco. Tómese su tiempo.

Por supuesto que aprovechó la ocasión. Ver la “Aparición de la Inmaculada a Fray Juan de Quirós”, de Murillo, tan cerca, para ella sola, era una oportunidad que no quería perder. Cuando se lo contara a su madre no se lo iba a creer. Parece que la hubieran oído, porque regresó el joven sacerdote y se ofreció a hacerle una foto de recuerdo.

—Gracias. Si no es molestia...

—Para nada. El señor arzobispo la recibirá en unos minutos. La dejo con su refresco, su foto y las inmaculadas.

Ahora le tocó a la obra de Pacheco, más simple, pero muy conseguida. Otro tesoro.

El arzobispo abrió personalmente la puerta de su despacho y se dirigió a ella cordialmente. Le tendió la mano y Laura no supo si besar o apretar, de modo que hizo la mitad de cada cosa y monseñor se dio por saludado, seguramente acostumbrado a estas indecisiones de sus parroquianos.

—Soy el arzobispo Ernesto Morales y usted es la periodista que nos ha traído de cabeza últimamente. Sea bienvenida a esta casa.

—Siento haberle importunado, no era mi intención.

Entraron en el despacho y se sentaron en un cómodo sofá. Frente a ellos, sobre el sillón de la mesa principal de trabajo, “La Virgen entregando el rosario a Santo Domingo de Guzmán”, también de Murillo.

Laura conversó de varios temas menores con su anfitrión, desde el periódico a la vida sevillana, pasando por sus gustos sobre pintura o literatura. Era un hombre muy bien informado y quiso ir al grano en cuanto vio que se había roto el hielo de la conversación.

—Se supone que, oficialmente, usted ha venido aquí a hacerme una entrevista para el sábado próximo y la haremos luego. Antes quiero tratar con usted un tema delicado, que probablemente le va a sorprender.

Laura dejó su bloc de notas y la cámara a un lado y miró directamente al sacerdote. Tenía tanto miedo que decidió disimularlo con el ataque de la mirada. A veces funcionaba.

—Tranquila. Comprenderá usted que Sevilla es una ciudad muy difícil, con una muy buena imagen externa, que nos conviene a todos; y otra no tanto, más centrada en intereses ideológicos y económicos que están siempre en convulsión. Más de lo que parece.

Laura puso cara de no entender nada. Miró el Murillo para intentar tranquilizarse un poco y se sintió como Santo Domingo, a la espera de recibir algo inesperado de la Virgen.

—Su reportaje sobre los masones, la represión franquista, los asesinatos indiscriminados de Queipo de Llano y las numerosas desapariciones no ha gustado mucho a cierta gente devota de nuestras tradiciones y herederos de familias que ganaron la guerra. Ocurre, además, que su periódico les pertenece, aunque no se meten, porque saben que desde esta Casa nos cuidamos de ello e iluminamos siempre a su Consejo de Administración.

Laura entendió rápido el sentido del verbo “iluminar” y las razones por las que estaba allí sentada. Esperaba ahora un rapapolvo y niña que no vuelva a ocurrir, que sea la última vez y hazme una entrevista agradecida y vete para el periódico. Y aquí se acabó la historia. Al menos tenía una oportunidad más para seguir trabajando en El Herald. Monseñor bebió un trago de agua y se levantó.

—Ahora sígame señorita. Voy a pedirle con toda claridad que lo que vea a partir de ahora no lo comente usted con nadie, ni siquiera con sus superiores en el periódico ni con su familia. ¿De acuerdo?

Laura asintió, qué iba a hacer. El bloc de notas y la cámara se quedarían allí.

—Si nos enteramos que ha incumplido su compromiso de silencio no podrá trabajar en El Herald ni en ningún otro medio de comunicación al que intente usted

ir, porque desde aquí movemos muchos hilos. Usted ha venido aquí a hacerme una entrevista y listo. Vamos.

Recorrieron un largo pasillo y llegaron a unas dependencias que claramente eran el Archivo. Allí estaba el padre Lucas Gómez, pues aquellos eran sus dominios. Con una sonrisa, la invitó a sentarse en una mesa de trabajo. Monseñor, todo un caballero, la ayudó en la maniobra antes de sentarse él y tomó la palabra.

—A estas alturas ya se habrá preguntado usted por qué no paramos la publicación de su reportaje sobre la represión a la Masonería sevillana si tanto molestó a muchas familias. La respuesta es porque su director defendió su trabajo periodístico y, sobre todo, porque el padre Gómez vino a verme con unos documentos, los mismos que tiene usted delante ahora mismo. Antes de revisarlos, le reitero que usted ni los ha visto ni contará a nadie nada de esto. Se lo digo muy en serio.

Laura calibró la posibilidad de mandar a la mierda todo e irse a su casa. Luego entendió que era una privilegiada por estar allí. Decidió entonces pedir la ayuda del joven sacerdote.

—Tal vez, para evitar equívocos, lo mejor es que usted me haga un resumen de su contenido y así todos estaremos más tranquilos.

Ambos hombres se miraron y el arzobispo asintió y Lucas Gómez tomó la palabra.

—Cuando llegó a oídos de su Eminencia que usted iba a publicar un reportaje centrándose en la figura de Antonio Montero-Cuadrado, la Providencia quiso que yo estuviera al lado y recordé estos documentos que están aquí encima. Son las declaraciones de cuatro clérigos de Sevilla que, en 1940, afirmaron con rotundidad que salvaron la vida gracias a la ayuda de su bisabuelo que, primero, los escondió durante varias semanas en su casa y luego los trasladó una noche a lugar seguro, donde pudieron conectar con las tropas nacionales.

Laura solicitó con la mirada permiso para revisar los documentos y confirmó que las cuatro personas, a petición de su bisabuela, afirmaban la bondad y el riesgo asumido por Antonio que, incluso, llegó a enfrentarse a los soldados de un control de carretera cuando intentaron parar y registrar el vehículo, con riesgo evidente de su vida.

Otro de los clérigos afirmaba que, llegados a un punto de la sierra sevillana, en una fría noche de otoño, se quedó con ellos hablando para infundirles valor. Que rezaron juntos por el triunfo de la vida y que les habló de su apuesta absoluta por la libertad de los hombres, por el librepensamiento y la igualdad entre todos. Que gracias a esos ánimos, al rayar el alba, después de compartir el poco pan que les quedaba, se sintieron con fuerzas para caminar hacia la avanzada del ejército nacional.

El cuarto, en una larga declaración, se deshacía también en elogios hacia Antonio y añadía que le animaron a que se fuera con ellos, que le avalarían y podría resolver su vida y esperar a liberar la zona para recuperar a su familia. Pero se negó en rotundo y regresó.

Laura estaba emocionada. Le acercaron un vaso de agua. Descubrió entonces que, justo encima de ella, había un hermoso cuadro que representaba a San Roque, patrón de los enfermos y los afligidos, obra del holandés Hernando de Esturmio. El santo la miraba como diciéndole: ahí lo tienes, ese era tu bisabuelo, haciéndome la competencia.

Desgraciadamente, el último informe correspondía a la autoridad militar negando el perdón directo, pues al tratarse de un masón lo impedía la reciente Ley de Represión de la Masonería y el Comunismo (1 de marzo de 1940), que obligaba a la delación para aspirar a recuperar su vida “en la Nueva España de Franco”. Se le instaba entonces a presentarse ante el Tribunal y se iniciarían las diligencias.

—Ahora ya sabe por qué se publicó su reportaje y advertí al presidente del Consejo de Administración que no pusiera pega alguna. Puede considerarse una forma de agradecimiento y reconocimiento a los buenos masones que hubo en Sevilla y a sus valores de generosidad, igualdad y fraternidad. Pero hasta aquí llegamos.

Laura se levantó y respiró profundamente. Ambos eclesiásticos se levantaron.

—El director me dijo que el presidente sí llamó.

—Pero no antes de la publicación, lo hizo después. Y su director no es tonto, entendió el mensaje —dijo el arzobispo. Lo siguiente que tiene usted que entender es que oficialmente estamos en contra de que se publiquen esos contenidos y Sevilla debe seguir manteniendo esa imagen de equilibrio y respeto a la autoridad a que siempre se aspira, por ejemplo, en su periódico. Pero usted consiguió su objetivo y créame que, en nombre de los cuatro clérigos que salvó su bisabuelo, le damos las gracias. Entre estas cuatro paredes, claro. Ahora, sea buena y no se meta en líos.

—La Sevilla eterna, con sus luces y sus sombras —dijo Laura.

—Usted lo ha dicho. Si quiere lo digo yo más claro: la Sevilla hipócrita. Ahora volvamos a mi despacho y hagamos esa entrevista que tenemos pendiente, que le voy a dar a usted una primicia; vamos a abrir visitas al público para que puedan admirar nuestra colección pictórica.

El padre Lucas Gómez se despidió de ella con cordialidad y guardó los documentos en su lugar.

—Hasta pronto señorita. Estoy seguro de que nos volveremos a ver pronto.

Efectivamente, iba a quedar una entrevista estupenda, porque era un anuncio importante, que se había demandado ya desde varias asociaciones ciudadanas. Ese tesoro pictórico merecía ser conocido y disfrutado por todos. Otras historias más íntimas, como las de su bisabuelo masón que ayudó a salvar la vida a cuatro clérigos, no tanto.

Al salir del Palacio se llevó otra sorpresa. Germán Asturias la esperaba, sentado tranquilamente en un banco de la plaza. Laura dedujo que tal vez había extraños vasos comunicantes en su entorno.

—Hola Laura. Ahora ya lo sabes todo. Antonio me contó el episodio de los clérigos; aunque entonces no sirvió de nada. Si hubiera vuelto lo habrían fusilado o, con suerte, habría obtenido una condena de doce años en una infecta cárcel en la que habría muerto de cualquier enfermedad al poco tiempo.

—Me he comprometido a no contarlo.

—Pues claro, cumplirás tu palabra. Tal vez algún día no muy lejano podamos devolver la dignidad a todos ellos. Mientras tanto, demos un paseo.

Quienes vieran a tan singular pareja enfilarse por la calle Mateos Gago, con la Giralda a su espalda, pensarían que abuelo y nieta charlaban de sus cosas, disfrutando de la ciudad de la alegría y las medias verdades. En realidad, ella le estaba diciendo que considerara presentada su candidatura a convertirse en aprendiz de la Logia Guadalquivir, para iniciar así una vida masónica que, con seguridad, le iba a deparar muchos momentos de alegría y fraternidad. El abuelo seguía andando, como si ya supiera todo lo que le estaban diciendo.